



TIEMPO RECOBRADO

Knausgard y la sinceridad

PEDRO G. CUARTANGO

Actualizado: 25/07/2015 03:24 horas

86

15

El escritor noruego **Karl Ove Knausgard** declaraba ayer en las páginas de este periódico: "De la muerte se escribe despacio; de la vida, con urgencia".

La frase es brillante, máxime viniendo de Knausgard, que ha construido una obra en la que, como él subraya, intenta contar de la forma más sincera posible su experiencia. Por ejemplo, las tensiones de unas vacaciones con su mujer por el cuidado de los niños, los contratiempos y la falta de dinero, un capítulo de *Un hombre enamorado* que me pareció fascinante.

"Todos tenemos la tentación de embellecer la realidad y mostrarnos mejor de lo que somos"

Knausgard tiene razón en una cosa: la vida no está marcada por los momentos excepcionales sino por rutinas en las que podemos sentirnos atrapados porque las circunstancias nos obligan a asumir un determinado papel.

Pero la gran cuestión que plantea la literatura de Knausgard es la de si es posible ser totalmente sincero, como él afirma. Todos tenemos la tentación de embellecer la realidad y mostrarnos mejor de lo que somos. Por eso, yo creo que habría que relativizar la noción de sinceridad cuando uno escribe sobre sí mismo.

Y ello porque resulta muy difícil de contar aquello que nosotros mismos no podemos aceptar: nuestras mezquindades, nuestros errores de juicio, el egoísmo con el que actuamos en muchas ocasiones. La vida tiene un lado sórdido que intentamos ocultar. La mentira no reside en lo

que se dice sino en lo que se calla.

Cuando murió a los ocho años un compañero de clase que padecía del corazón y no podía hacer esfuerzos, yo me sentí aterrado. Tenía pesadillas con su cadáver dentro de la caja, ataviado del traje inmaculado de primera comunión con un rosario en la mano, en el salón de su casa que yo había visitado muchas veces.

Durante varias semanas, soñaba con la muerte: yo corría a gran velocidad por un laberinto, pero ella me atrapaba cuando ya creía haber escapado. Era una mujer vieja con una guadaña y su rostro estaba tapado por una capucha negra.

Un día me levanté y se disiparon los temores de la noche. Sentado en la cama, fui consciente de que yo era yo y que no podía escapar a mi destino ni intercambiarlo con otra persona. Estaba condenado a sufrir, pero podía controlar el miedo con un acto de voluntad y sobrelevarlo. La muerte tendría que esperar.

En aquellos momentos -yo tenía nueve años-, no podía verbalizar aquella experiencia porque estaba convencido de que todo el mundo me tomaría por loco o por un cobarde. Creía que esas cosas sólo me podían pasar a mí.

Hoy he descubierto que casi todas las personas de mi generación que se han educado en circunstancias similares han tenido sentimientos y experiencias muy parecidos. Como dice el proverbio latino, nada humano me es ajeno.

Pero aun así, convivir en sociedad exige un cierto grado de hipocresía. Hay vivencias que es mejor no contar. Hay que fingir que uno es feliz, equilibrado y generoso con los demás, cuando lo cierto es que eso es falso porque somos monstruos del egoísmo. Nadie lo puede reconocer, pero es así. Ello no obsta para que el ser humano sea capaz de sacrificarse y tomar decisiones en favor de los demás. En este caso, no nos cuesta trabajo ser sinceros porque reflejamos la cara positiva de nuestra personalidad.

Volviendo al comienzo, la sinceridad no existe. Es imposible. Su sola mención ya es una forma de mentir. No se puede construir una narración literaria con esos miembros. Yo he revelado muchas cosas de mí mismo en esta página, pero jamás lo esencial. ¿No es esto acaso una forma de engañar?

© 2015 Unidad Editorial Información General S.L.U.